

## Mamá voy a jugar fuera

“*Mamá voy a jugar fuera*”, la pequeña pelirroja había cogido su impermeable y había salido incluso antes de tener una respuesta. “*Pero gatito, hace pronto de noche*” se oyó antes de que la puerta se cerrara con un ruido sucio. Ya estaba explorando el jardín exótico de Perú, cuando su madre abrió la ventana de la cocina: “*Cariño, cariño vuelve a casa, es muy tarde y la cena está lista.*” Ya era muy tarde. La niña, con los ojos esmeraldas, ya estaba demasiado lejos. No se veía más que el cabello rizado color de fuego de la niña que sobresalía de los arbustos bien podados del jardín. Desde la muerte de su hermano mayor, hace un año, Paloma no era como antes. Pero solo tenía cinco años y ese día ni siquiera lloró. Cuando su padre, con los ojos llenos de lágrimas, le dijo que Eleazar estaba en el cielo, Paloma levantó la cabeza, abrió sus grandes ojos verdes y luego se fue con su mantita en la mano. En la escuela se pasaba los días sentada en su silla, dibujando siempre el mismo dibujo: un árbol. Un árbol muy simple. Un árbol marrón y verde con algunas ramas sueltas. Cuando llegó a casa, subió directamente a su habitación. Luego, cuando bajó, salió al jardín. Siempre el mismo camino. Cogió su impermeable en la entrada, bajó las escaleras y llegó a la entrada de arbustos junto al pórtico del columpio. Este sendero verde conducía a un gran plátano. Un plátano marrón y verde con algunas ramas sobresaliendo. Este árbol era el patio de recreo de Eleazar, que le gustaba decir que era un árbol mágico. Pero solo es un árbol... un árbol marrón y verde con algunas ramas sobresaliendo. Paloma se sentó delante del árbol y puso su mantita delante de ella, adosada contra el tronco. Paloma cerró los ojos unos segundos que parecían minutos, horas, días, meses, años. Como si unos segundos duraran un año. Después de unos segundos, abrió los ojos. Sus ojos cantaban la vida, cantaban el amor, cantaban la alegría. Sobre la manga de su encerado amarillo, había una mariposa, una mariposa azul. Paloma puso su mirada esmeralda en el bocho color zafiro. La mariposa estaba volando. Intentó atraparla pero desapareció en la oscuridad del jardín. Se fue a sentar. Su manta ya no estaba. En cambio, había un conejo morado que se parecía extrañamente al peluche. Pero no era su manta sino un conejo. El extraño animal invitó a Paloma a seguirlo. Ella aceptó. El conejo entró en una especie de trampilla excavada en el árbol. Paloma nunca se dio cuenta. Quizás porque esta puerta no estaba aquí. Siguió la pequeña bestia y entró en un mundo donde estaban la mariposa azul, el conejo purpura, y sobre un niño, rodeado de animales con colores extraños, un arco iris de bestias. El niño tenía el pelo rubio como el tigre, los ojos azules como el cielo en verano, la piel clara como la luna en una noche de invierno. Este niño era Eleazar. Tenía en las manos la manta de conejo.

Paloma no pudo contener sus lágrimas. Corrió hacia su hermano y se lanzó en sus brazos. “Un abrazo por favor, un abrazo y me voy, te lo prometo”. Entonces el niño de pelo dorado abrazó a la niña de pelo de cobre. Luego le entregó el conejo de peluche. “Volveré Paloma, te lo prometo. Te amo.” Desapareció. La pequeña pelirroja estaba delante del árbol con su mantita en la mano. Colgado de la oreja de su peluche violeta, había una mariquita. La mariquita voló cuando llegó la madre de Paloma. “Mamá, extraño a Eleazar.” La madre no pudo contener sus lágrimas pero se obligó a sonreír abrazando a la pequeña. “Yo también echo de menos a nuestro principito, pero va a estar bien mi mariquita...”